

El doloroso precio de quitarse los zapatos

Donde nadie me espere

PIEDAD BONNETT

Alfaguara, Bogotá, 2019, 205 pp.

ES VERDAD que el epígrafe tomado de Enrique Vila-Matas que escogió como norte la escritora bogotana resume bastante bien el contenido: “La soledad, la locura, el silencio, la libertad...”. *Donde nadie me espere* no transpira ciertamente el humor de vino seco del autor catalán, pero, ya lo veremos, esas cuatro palabras colosales enmarcan esta historia de Gabriel contada por Bonnett.

Gabriel, en el recurso narrativo de la autora, es el que escribe, desnuda y revisa los eventos de su propia vida, pasada en soledad, porque, transcribo: “[...] dicen que la soledad es perfecta para pensarse. Pero yo de lo que quería huir era del pensamiento... corrijo: del pensamiento sobre mí mismo” (p. 137). Y esta bitácora de “cusumbosolo”, este volcar el alma para tratar de entender lo que ha pasado, recorre desde la infancia del protagonista hasta un final que le deja al lector la posibilidad de adivinar el desenlace.

La narración comienza en la demencia del tobogán abisal de los adictos en el momento de un cierto recobrar la cordura de un indigente que había sido profesor de filosofía y dibujante, quien con la ayuda de un antiguo conocido de la infancia ingresa al que será el primer “sanatorio” de su historia. Y Gabriel lo registra —o Bonnett lo narra— con estupendos trazos de atmósfera: tragedia, esperanza, antipsicóticos y tortas engordadoras los días de la visita.

Vienen luego en la novela algunos hitos no necesariamente cronológicos, bajo la forma de recuerdos de infancia y relatos de los días callejeros sobreaguando en los ríos de alcohol que fluyen en el cerebro, debajo de los puentes, a la luz de la fogata del parche paradójicamente acogedor y tenebroso con los azotacalles del momento; o de decisiones desesperadas que siembran el despojo buscando la efímera quimera de ser libre. Estas señales ayudan a intuir las cicatrices indelebles en el carácter intrincado del protagonista. Hay marcas misteriosas como aquella

“presencia” que acompaña al narrador en ciertos días; hay dolores como el de la muerte de la hermana gemela o amores como aquel a propósito del cual Gabriel registra que “al despedirnos nos dimos un beso efímero y equivocado”; o la renuncia libertaria a ser burócrata universitario, y los eventos tremebundos (en las reseñas están desaconsejados los *spoilers*) que suceden a lo largo de la trama.

El marco es el país contemporáneo, una Colombia de rezagos campesinos, ensombrecida —y cómo más decirlo— por la corrupción, el narcotráfico, los falsos positivos y las heridas emocionales de esta guerra de todos, que se mezclan con la personalidad de quien los cuenta. La mente del sujeto que narra es el vehículo a través del cual un entorno igualmente desgarrado y patológico queda plasmado con la misma intensidad en las comunes luchas intestinas de un individuo y una sociedad, en paralelo cuántico.

Bonnett ha escudriñado bien la mente humana, como lo sabemos por sus escritos anteriores, especialmente en *Sobre lo que no tiene nombre*, del que afirma con razón Rosa Montero: “Piedad Bonnett escribe desde el abismo e ilumina las sombras [...]”. Pero la escritora también ha estudiado, padecido y conocido este país, Colombia, desde la sensibilidad poética y la inteligencia ilustrada, una mezcla explosiva y dolorosa para quien escribe. Y *Donde nadie me espere* es otra muestra, otro intento, de traducir el universo subjetivo al objetivo, y viceversa. Quizás se aplica lo que por boca de Gabriel se opina en esta obra: “La escritura es el bisturí con el que me hago pequeños cortes por los que a veces mana sangre. El lazo que me he amarrado para no seguir huyendo” (p. 32).

La novela es un monólogo, un recuento. Las descripciones de los distintos sanatorios, de las masacres (siento mucho destripar el suspenso de la trama) y de algunas “aventuras” de Gabriel son unas crónicas expresivas, adoloridas y logradas. El lenguaje del libro es en apariencia coloquial, es colombiano; pero el acervo literario y lingüístico de la profesora Bonnett no puede contenerse en lo que llamaríamos el lenguaje de la calle. Algunas porciones del texto que se acercan a lo que habría sido un diálogo entre

gentes del común, con vocablos locales y “vulgares”, se destacan como un requerimiento de falsete, como un interesante registro sociológico, pero no como parte de un tono general que es descarnado, profundo y erudito. El estilo con que el “profesor” Gabriel despliega su vivencia no tiene rebusque literario alguno; es cotidiano y limpio, pero está imposibilitado para hacerle concesiones al argot básico y romo. Sin embargo, es lo que sucede en el país: una brecha difícil entre los que han tenido el privilegio de educarse en la academia y los que han sido educados a las malas por la vida. Son dos lenguajes, y su reconciliación es complicada para que no se vuelva costumbrismo, porque no es lo mismo sentir y pensar en mil palabras que en diez mil. El intento en el libro es exitoso porque las costuras están zurcidas con talento y mano cuidadosa; pero a pesar de la escritora y por una característica del estado de la lengua escrita en nuestro entorno, el experimento sigue siendo un reto.

El lector encontrará en esta novela muchos y bellos hallazgos de lenguaje, una mirada poética, no ilusa, en el trasfondo del panorama de la historia, una trama que pende del sistema nervioso del protagonista y que es por ello intensa. Hay, sí, en el enredo literario, algunas “inserciones” de datos importantes, alejadas la una de la otra o muy ocultas en el transcurso medular de la novela para poder calificarla como thriller. Pero si las obviamos y podemos disfrutar esos capítulos y el resultado final de esta labor, *Donde nadie me espere* es un texto importante en el eslabonado de nuestras novelas contemporáneas nacionales.

¿Quién afirma que todo está ya dicho, o que hay una sola manera de decirlo? La literatura colombiana vive y, como se ha sacudido de los rigores de otras expresiones nacidas en coordenadas más antiguas o más conservadoras, es de nuevo el epígrafe: locura, soledad, silencio y libertad.

Sobre la peligrosa libertad que, coincido con Bonnett, comienza en los zapatos, mientras la “civilización” aprieta los cordones, terminemos aquí con un aparte de la página 67:

Algunos me miraron de reojo, como a un ñero o a un drogadicto. Años más tarde iba a comprobar

NOVELA		RESEÑAS
lo que pasa en los demás cuando ven que alguien no lleva zapatos: unos pies desnudos sobre el asfalto denotan indignidad o la locura. O las dos cosas. Ignacio Zuleta Lleras		